

Adolescencias líquidas.

Desde la perspectiva de la historiografía, el concepto de adolescencia fue inventado al principio de la era industrial, pero fue a partir de las reformas en la escuela, el mercado laboral, la familia, el servicio militar, las asociaciones juveniles y el mundo del ocio, que surge la adolescencia como una nueva generación consciente de crear una cultura propia y distintiva, diferente a la adultez.

No obstante, el ser adolescente ha tenido muchos significados a lo largo de la historia. En efecto, la adolescencia está definida como un concepto construido socialmente. Se ha considerado que la adolescencia es el tiempo legítimo para el estudio y la capacitación, y se considera sinónimo de posibilidades, pero también se piensa como el lapso para postergar las responsabilidades propias de los adultos.

A la luz del estructuralismo y el postestructuralismo, se piensa que en la sociedad opera una «destrucción de estructuras colectivas», y surge un nuevo orden fundado en el culto del «individuo solo, pero libre». Y en este contexto, el ser adolescente implica asumir rasgos distintivos.

Uno de tales rasgos distintivos puede ejemplificarse con el desagrado que expresan los adolescentes al tener que pelar una naranja y preferir el jugo envasado, o la queja frecuente por el esfuerzo que implica comer una manzana, que conlleva un trabajo arduo para las mandíbulas y los dientes, además de una inversión excesiva de tiempo. Dicho en otras palabras, estamos ante el «síndrome de la impaciencia».

Algunas investigaciones en el ámbito de las ciencias sociales proponen un análisis a partir de una doble ontología. Es decir, una doble existencia: un sistema de relaciones de poder y un sistema de relaciones de significado. En otras palabras, en la sociedad existe una estructura objetiva, pero también se compone de «representaciones» y de «voluntad», que constituyen una dimensión subjetiva. La articulación de estas dos ontologías deriva en el concepto de «estructuralismo constructivista» en el que el estructuralismo define el «mundo social» a partir de estructuras objetivas independientes de



la consciencia y de la voluntad, como los sistemas simbólicos, el lenguaje, los mitos, etc.; y el constructivismo, que constituye una génesis social de esquemas de percepción, pensamiento y acción, generalmente definidos en términos de «clases sociales».

Dentro de este marco teórico, la dimensión estructuralista permite explicar algunos de los rasgos distintivos de la adolescencia en la actualidad.

La historia del siglo XX puede verse como la sucesión de diferentes generaciones de jóvenes que irrumpen en la escena pública para ser protagonistas en las reformas, las revoluciones, las guerras, la paz, la música, el amor, las drogas, la globalización, etc.

Algunos autores han considerado que cada década del siglo XX definió la forma de ser de los jóvenes a partir de las estructuras vigentes.

La Generación A (1900-1910) quedó definida por la prohibición de encarcelar a los menores de 16 años junto con los adultos y la instauración de los tribunales de menores.

La Generación B (1910-1920) fue marcada por la fundación de organizaciones juveniles (*Boy Scouts* y *Girl Guides*).

La Generación K (1920-1930) fue abrumada por las consecuencias de la «gran guerra» y de la revolución soviética.

La generación S (1930-1940) quedó marcada por el surgimiento de conflictos entre la generación «vieja» y la «joven» que se manifiesta como un estado de rebelión permanente porque persisten sus causas profundas, sin que sea permitido el análisis, la crítica y la superación.

La Generación E (1940-1950) emerge del sufrimiento y el miedo originado en la Segunda Guerra Mundial y se manifiesta el derrumbe de los ideales de la juventud.

La Generación R (1950-1960) comienza con el alargamiento de la permanencia de los jóvenes (hombres y mujeres) en las instituciones educativas, el nacimiento del *rock & roll* que provenía de la música *blues* emergente de la cultura afroamericana, y el nacimiento de una nueva clase: «el consumidor



adolescente».

La generación H (1960-1970) se distingue por un profundo sentimiento de renovación, que define movimientos estudiantiles en favor de la libertad de expresión y los derechos civiles, y surge el movimiento *hippie*.

La Generación P (1970-1980) nace en los barrios bajos de grandes ciudades con expresiones contraculturales, la construcción de estilos de ocio distintivos, originados en la interacción entre las tradiciones de clase y los símbolos comerciales.

La Generación T (1980-1990) proviene del incremento galopante de la desocupación juvenil, el retorno a la dependencia familiar y los discursos que ya no inciden en la capacidad revolucionaria de la juventud.

La Generación R (1990-2000) fue impulsada por la tecnología de la era digital: las computadoras, Internet y los videojuegos.

Ahora bien, en los albores del siglo XXI se vive una metamorfosis de la adolescencia y la juventud, que proviene de toda la historia del siglo XX y de los cambios estructurales nuevos debidos principalmente a los problemas ecológicos, la globalización de la economía y el confinamiento sanitario por la CoViD-19.

Con todo esto, podemos pensar que ha habido un cambio desde una fase «sólida» de la modernidad, y por ende de la adolescencia», hacia una fase «líquida», es decir, a una condición en la que las estructuras sociales que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos y los modelos de comportamiento aceptables, ya no pueden mantener su forma por más tiempo, se descomponen y derriten antes de que sean asumidas. Las formas y las estructuras presentes o nuevas ya no cuentan con el tiempo suficiente para solidificarse y no pueden servir como marcos de referencia para las acciones humanas ni para crear estrategias a largo plazo.

Ha llegado la hora de preguntarnos cómo modifican estas novedades la variedad de los desafíos que tienen ante sí los adolescentes y los jóvenes, hombres y mujeres, y que influyen en el modo en el que vivirán sus vidas.

